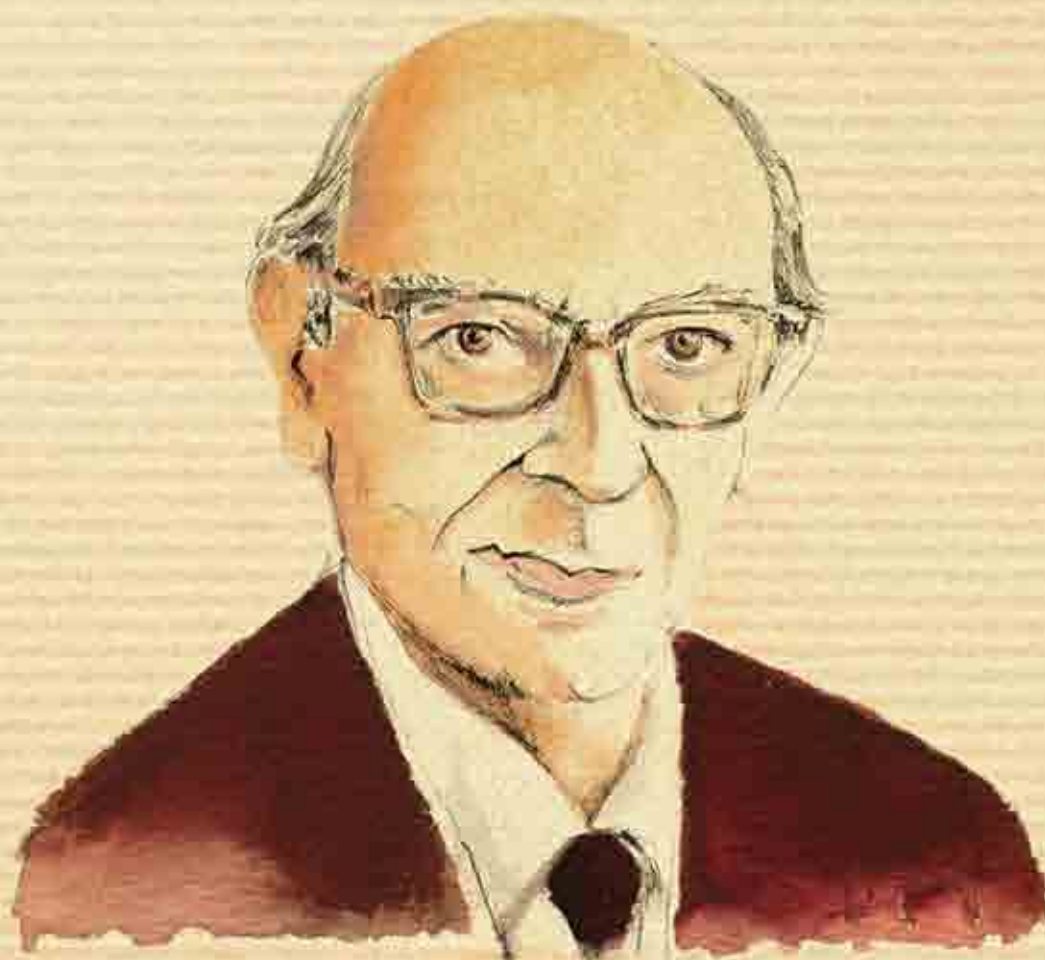


CUADERNOS DE CIENCIAS POLITICAS

No. 1

**“Lecturas en torno a
ISAIAH BERLIN”**



Departamento de Humanidades
Pregrado en Ciencias Políticas



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

CUADERNOS DE CIENCIAS POLITICAS

Adolfo Eslava
Coordinador general

“LECTURAS EN TORNO A ISAIAH BERLIN”

Alejandra Ríos
Editora académica

Departamento de Humanidades





Juan Luis Mejía Arango

Rector

Julio Acosta Arango

Vicerrector

Hugo Alberto Castaño Zapata

Secretario General

Jorge Alberto Giraldo Ramírez

Decano, Escuela de Ciencias y Humanidades

Liliana María López Lopera

Jefe, Departamento de Humanidades

Adolfo Eslava

Jefe, Pregrado en Ciencias Políticas

ISBN:

Diseño, diagramación e impresión

Pregón Ltda.

UNIVERSIDAD EAFIT

Misión

La Universidad EAFIT tiene la Misión de contribuir al progreso social, económico, científico y cultural del país, mediante el desarrollo de programas de pregrado y de postgrado -en un ambiente de pluralismo ideológico y de excelencia académica- para la formación de personas competentes internacionalmente; y con la realización de procesos de investigación científica y aplicada, en interacción permanente con los sectores empresarial, gubernamental y académico.

Valores Institucionales

Excelencia:

Calidad en los servicios ofrecidos a la comunidad
Búsqueda de la perfección en todas nuestras realizaciones
Superioridad y preeminencia en el medio en el que nos desenvolvemos

Tolerancia:

Generosidad para escuchar y ponerse en el lugar del otro
Respeto por las opiniones de los demás
Transigencia para buscar la conformidad y la unidad

Responsabilidad:

Competencia e idoneidad en el desarrollo de nuestros compromisos
Sentido del deber en el cumplimiento de las tareas asumidas
Sensatez y madurez en la toma de decisiones y en la ejecución de las mismas

Integridad:

Probidad y entereza en todas las acciones
Honradez o respeto de la propiedad intelectual y de las normas académicas
Rectitud en el desempeño, o un estricto respeto y acatamiento de las normas

Audacia:

Resolución e iniciativa en la formulación y ejecución de proyectos
Creatividad y emprendimiento para generar nuevas ideas
Arrojo en la búsqueda soluciones a las necesidades del entorno

LA ORIGINALIDAD DE MAQUIAVELO

¿Divorcio entre la política y la moral?

Andrés Felipe Tobón Villada

Universidad EAFIT- Estudiante de Ciencias Políticas

El ensayo llamado “La originalidad de Maquiavelo”, es una exposición magistral de las consecuencias políticas y filosóficas que trajo consigo la lectura de Berlin del Maquiavelo político, a saber: el Maquiavelo de “El Príncipe” y de “Los Discursos”. Tales consecuencias se refieren al calificativo que le otorga “originalidad” a la obra maquiavélica dentro del ambiente académico en lo que se refiere al trabajo sobre la relación entre la moral y la política.

Leído por diversas mentes que han encontrado elementos diferentes e, incluso, contrapuestos; cada autor ha tenido su peculiar interpretación de lo que Maquiavelo quiso decir con su escritura. En este sentido, para Isaiah Berlin lo que hay es “un notable grado de divergencia respecto de la opinión central, la actitud política de Maquiavelo”¹ y en tanto el grado de divergencia gire en torno de la actitud política maquiavélica deja un poco de lado, desde un principio, lo que muchos autores han identificado como una sepultación de la moral puesto que desde ahora se nos invita a rastrear los móviles políticos que, en tanto móviles, están ligados a una moral, como veremos en el desarrollo del presente artículo.

En un inicio es certero señalar que Berlin no nos brinda una posición clara de lo que desea argumentar. No obstante, sí nos ofrece un abrebocas de lo que no es su posición. Es precisamente en ésta medida en la que resulta interesante la aparición de una gran cantidad de autores con posiciones definidas, esto es, con una opinión argumentada respecto del carácter político de Maquiavelo, pues Berlin nos ha prometido tácitamente una corrección, una complementación o, incluso, una refutación de estas visiones, mostradas en el principio del ensayo analizado.

1. Berlin, Isaiah. *Contra la Corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 89

Sin más preámbulos pasaré a señalar algunas de las grandes lecturas que se han realizado del Maquiavelo político. Nos encontramos, por ejemplo, con una lectura que asegura que la posición maquiavélica no puede ser más que una sátira, ya que no tiene lugar que alguien piense que el príncipe debía comportarse cruelmente respecto de sus súbditos para mantener el Estado. Tal visión tiene dos vías. La primera, en las plumas de Alberico Gentili y Garret Mattingly, para quienes “el autor de *El príncipe* escribió una sátira, pues sin duda no podía literalmente decir lo que dijo”². La segunda, en las plumas de Spinoza, Rousseau, Hugo Foscoli y Luigi Ricci, advierte que los escritos no son más que “un cuento admonitorio”. Es decir, para estos últimos lo que quiso hacer Maquiavelo fue una advertencia de lo que podían llegar a hacer los príncipes, para que así los gobernados, sabiendo lo que podían hacer los gobernantes, pudieran oponérseles. Entiéndase, si Maquiavelo afirma que

“En las deliberaciones en que está en juego la salvación de la patria, no se debe guardar ninguna consideración a lo justo o injusto, lo piadoso o lo cruel, lo laudable o lo vergonzoso, sino que, dejando de lado cualquier otro respeto, se ha de seguir aquel camino que salve la vida de la patria y mantenga su libertad”³. Entonces el lector debe entender que en verdad Maquiavelo no quería decir que el gobernante debía ser cruel, injusto, hacedor de actos vergonzosos o irrespetuosos y que nada de esto era sucio porque tenía como fin salvar la patria. Antes bien, lo que dice Maquiavelo aquí es que siempre todos aquellos actos serán sucios y despreciables y, por tanto, no es ni conveniente ni lógico que un gobernante recurra a ellos. Además, al mismo tiempo, lo que sí está advirtiendo a los lectores, que deben entenderse como los gobernados, es lo que un “sucio gobernante” puede llegar a hacer.

Otro punto de vista afirma que Maquiavelo fue un católico sincero (Roberto Ridolfi, Giuseppe Toffanin, Leslie Walker, Felice Aldericio); posición contrapuesta a la lectura que afirma que era un profundo anticristiano que se encargó de escribir obras del mismo talante, partiendo de una defensa del paganismo, tal y como lo señalan Giuseppe Prezzolini e Hiram Haydn⁴. También para Fichte, Maquiavelo tiene una profunda comprensión de las transformaciones históricas de la moralidad⁵. Es decir, Maquiavelo también se constituye como un historiador que ha entendido la influencia de las reales fuerzas históricas en la configuración de la moralidad, aun si ésta se configura “anticristiana”.

Observando otra lectura, nos encontramos con el pensamiento de Benedetto Croce, quien afirma que “Maquiavelo es [...] un moralista que “ocasionalmente experimenta náusea moral” al contemplar un mundo en el que los fines políticos sólo pueden alcanzarse por medios moralmente malos, y por lo tanto el hombre que divorció el campo de la política del de la ética”⁶.

2. *Ibidem*, p. 91.

3. Maquiavelo, Nicolás, *Discursos de la primera década de Tito Livio*. Buenos Aires, Losada, 2005, p. 411.

4. Berlin, Isaiah, *Contra la Corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, Op. cit., p. 92.

5. *Ibidem*, p. 94.

6. *Ibidem*, p. 93.

Desde esta perspectiva, el divorcio entre la política y la moral tiene lugar debido al “nauseabundo” hecho de que la política tenga que recurrir a actos moralmente malos pues son los únicos por medio de los cuales se puede alcanzar sus fines. Por tanto, si se separan la política y la moral, luego no va a estar presente aquella transgresión “nauseabunda”, elemento necesario para que la política siga un curso limpio –pues no hay moral que la acuse de sucia-.

Otra lectura que tiene lugar en las mentes de Cassirer, Renaudet, Olschik y Keith Hancock, afirma que: “Maquiavelo es un técnico frío, sin compromisos ni éticos ni políticos, un analista objetivo de la política, un científico moralmente neutro que se anticipó a Galileo en la aplicación del método inductivo al material social e histórico, y no tenía interés moral en el uso que se diese a sus descubrimientos técnicos, dispuesto por igual a ponerlos al alcance de liberadores y déspotas, hombres buenos y bellacos”⁷.

Esta perspectiva afirma que Maquiavelo es el padre del método científico (en el campo social e histórico), en la medida en que se distancia de sus intereses políticos, en la que es moralmente neutro (ambos elementos necesarios del método), y en la medida última en que utiliza para sus análisis el método inductivo. Así, se está haciendo una profunda negación de premisas maquiavélicas como el amor por la patria, la defensa de la libertad, el deber del gobernante, entre otros, todas estas premisas morales. Veamos pues un ejemplo de lectura de Maquiavelo desde ésta perspectiva:

“Un organizador prudente, que vela por el bien común sin pensar en sí mismo, que no se preocupe por sus herederos sino por la patria común, [...] jamás el que entienda de estas cosas le reprochará cualquier acción que emprenda, por extraordinaria que sea, para organizar un reino o constituir una república [...]. Sucede que, aunque le acusan los hechos, le excusan los resultados, y cuando estos sean buenos, [...] siempre le excusarán”⁸.

Aquí vemos pues que Maquiavelo apela a un punto neutro en la medida en que recurre a la prudencia para justificar los actos de los gobernantes *ad hoc*. A partir de los actos de los gobernantes, loables de acuerdo con los resultados obtenidos, se puede llegar a entender el funcionamiento de la política, caso en el que aplicaría el método inductivo. No obstante, quisiera resaltar la dificultad con la que nos encontramos a la hora de examinar la obra maquiavélica buscando rastros del método científico, pues el dejar de lado elementos y premisas a las que apela, como las ya mencionadas y en las que evidentemente –como se demostrará adelante- hay una impronta moral, no es tan fácil, como en tanto método científico debiera serlo, ya que su posición está en el marco de algo que es “bueno”: el mantenimiento de la patria y algo que es “malo”: la destrucción de la misma.

Contraria a ésta visión, para autores como Federico Chabod, Ridolfi y De Capraris, Maquiavelo no se debe entender como un calculador frío, pues –dice el primero- “se apasiona hasta el punto del irrealismo”⁹.

7. Ibidem, p. 94.

8. Maquiavelo, Nicolás. *El príncipe*, Op. cit., I, 9, p. 57.

9. Ibidem

Una lectura bastante interesante es la que tiene lugar en el pensamiento hegeliano. Para este autor -según afirma Berlin- Maquiavelo comprendió «que había llegado la hora del nacimiento del Estado político, moderno, centralizado, para cuya formación “estableció los principios fundamentales verdaderamente necesarios”»¹⁰.

Posteriormente nos encontramos con una discusión entre quienes ven en Maquiavelo a un hombre guiado por las máximas y problemas de su época y, por tanto, como un escritor que debe ser juzgado ubicándose en aquel momento histórico. Tal es el caso de Hegel, Macaulay, Burd, De Sanctis y Oreste Tomasini. Y entre quienes ven en Maquiavelo, un obsesionado por los clásicos que sólo contempla el pasado y vive en su imaginario, como es el caso de Herbert Butterfield y Raffaello Ramat. Pareciese que Berlin se inclina un poco por éste segundo punto de vista cuando afirma, de manera brillante: “y adiós a quienes descubren en él huellas del moderno método científico”¹¹. Así, nos encontramos con un Berlin que no ve en Maquiavelo a un pionero del método científico (repito, social) ni a un técnico que ha encontrado conclusiones a partir de un análisis libre de todo precepto moral y de todo interés político. Ahora bien, ¿cuál es la originalidad que Berlin observa en Maquiavelo?, más adelante veremos.

Posterior a la discusión por el método científico, nos encontramos con un Maquiavelo realista, según la visión de Bacon, Spinoza y Lasalle¹², que se aleja de todas las fantasías utópicas; y otros como Meinecke para quien Maquiavelo es el padre de la “razón de Estado”¹³. Ambas lecturas, que resumen la visión del Maquiavelo realista, son despreciadas por autores como König y Renzo Sereno, que ven en él a un hombre frustrado que se refugia en la fantasía, en la utopía, en último término, en el idealismo. Pasando rápidamente, nos encontramos con un autor como Singleton que “Arguye que la originalidad de Maquiavelo consiste en ver la acción política como una forma de lo que Aristóteles llamó “hacer” –cuya meta es un artefacto no moral, un objeto de belleza o de uso externo al hombre [...] y no “crear” [...] cuya meta es interna y moral, no la creación de un objeto, sino de una clase particular –el modo correcto- de vivir o ser”¹⁴.

Esta visión plantea un divorcio entre la política y la moral en la medida en que la acción política, entendida como la manifestación de la política, no va dirigida a móviles morales sino, simplemente, a acciones con fines diferentes a los morales. Si entendemos pues que la acción política es la manifestación por antonomasia de la política –atendiendo a este apartado-, y si tal acción no se dirige a móviles morales, luego la política y la moral están separadas; y si estamos hablando de originalidad, deviene la conclusión de que con Maquiavelo, a partir de los planteamientos de Singleton, hay un divorcio entre la política y la moral.

10. Berlin, Isaiah. *Contra la Corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, Op. cit., p. 95

11. *Ibíd.*, p. 96.

12. *Ibíd.*

13. *Ibíd.*, 97.

14. *Ibíd.*, p. 99.

Ya para finalizar con esta primera parte me gustaría exponer de manera breve lo que nuestro autor –Berlin- entiende como la “opinión más común” que tiene lugar en las diferentes, e incluso contrapuestas, lecturas de la actitud política de Maquiavelo.

Tal vez de manera semejante a las lecturas “anticristianas” nos encontramos con la posición isabelina, para la cual Maquiavelo “es un hombre inspirado por el diablo para conducir a las personas justas a la perdición, al gran corruptor, al maestro del mal, *le docteur de la scélératesse* [El doctor de la maldad], el inspirador de la Noche de San Bartolomé, el original de Yago. Éste es el “asesino Maquiavelo” [...]”¹⁵.

Desde esta visión estaríamos hablando de un Maquiavelo que evidentemente habría abandonado la moral por completo –si es que alguna vez la tuvo-; un hombre al que poco le interesaba la salvación de su alma e, incluso, un hombre que escribió simplemente para dañar a los justos. En pocas palabras, Maquiavelo pasa a ser la mano maligna de Satanás, aquella que corrompe a los justos.

Además, es muy fuerte el hecho de que se le llame “el inspirador de la Noche de San Bartolomé”, pues si tenemos en cuenta que esta no fue otra cosa que la matanza indiscriminada de hugonotes, la posición isabelina es lo suficientemente clara al calificarlo como el destructor de la buena moral. Y por último, si al Yago al que se refiere Berlin no es otro que el shakespereo de *Otelo*, nos encontramos entonces con la visión de un Maquiavelo frío y calculador, alejado de móviles morales y con claros objetivos políticos. Buscando una frase sintética de esta “opinión generalizada”, me parece acertado el considerar que la conclusión a la que podemos llegar en la misma línea es el hecho de que, sin duda alguna, Maquiavelo es un monstruo.

Antes de ofrecer la respuesta a la pregunta berliniana, es necesario también hacer algunos apuntes que nos permitan observar cuál es la posición de Berlin frente a todas éstas lecturas presentadas hasta el momento y que en un principio manifestamos “no eran su posición”. Veamos.

Partiendo de las máximas maquiavélicas, en primer lugar, Berlin presenta lo que podría ser una aprobación de la lectura de aquellos autores que ven en Maquiavelo a un idealista en la medida en que se fija en un pasado imaginario. Si bien no está de acuerdo en sentido estricto con éstos, sí lo está con el hecho de que Maquiavelo, en la pregunta por la existencia de un punto medio del deber ser del gobernante, responde apelando a personajes como Moisés, Teseo, Rómulo y Ciro, agregando además que “lo que ha sido una vez puede volver a ser”, de lo que Berlin afirma “es una implicación optimista”¹⁶.

Resulta bastante interesante el pie de página señalado por Berlin: “Hugh Trevor-Roper me señaló la ironía del hecho de que todos los héroes de este realista supremo son, totalmente o en parte, míticos”¹⁷. Ironía bastante risible que apela por el favorecimiento de aquella lectura que ve en Maquiavelo a un eterno observante del imaginario pasado.

15. *Ibidem*.

16. *Ibidem*, p. 130.

17. *Ibidem*

Continuando, vemos que Berlin lanza ahora una refutación a aquella lectura de Singleton en la que se asegura que la originalidad de la actitud política de Maquiavelo radica en ver la política en tanto el hacer y no el crear, y que por tanto desembocaría en un divorcio entre la política y la moral. Pues bien, Berlin destruye tal punto de vista cuando afirma: “Todas éstas máximas* tienen una propiedad en común: están diseñadas para crear, revivir o mantener un orden que satisfaga lo que para el autor [Maquiavelo] son los intereses más permanentes entre los hombres”¹⁸.

Y paso seguido agrega, refutando otras lecturas que: “Los valores de Maquiavelo pueden ser erróneos, peligrosos, odiosos; pero son sinceros. No es cínico. El fin es siempre el mismo: un Estado concebido por analogía con la Atenas de Pericles, o Esparta, pero por encima de todo de la República Romana. Tal fin, que los hombres ansían naturalmente [...], “disculpa” cualquier medio; al juzgar los medios ve sólo el fin: Si el Estado se hunde todo está perdido”¹⁹.

Este fragmento destruye pues la visión de aquellos que ven en Maquiavelo a un cínico, a un hombre que escribió una sátira; incluso destruye la visión de Spinoza, pues Maquiavelo se aleja completamente del carácter de “cuento admonitorio”.

Ahora ¿cuál es la originalidad que Berlin observa en Maquiavelo?

Creo que la gran originalidad y las trágicas implicaciones de las tesis de Maquiavelo residen en su relación con una civilización cristiana. Estaba muy bien vivir a la luz de ideales paganos en tiempos paganos; pero predicar el paganismo más de mil años después del triunfo del cristianismo era hacerlo después de la pérdida de la inocencia, forzando a los hombres a hacer una elección consciente. La elección es dolorosa porque hay que escoger entre dos mundos. Los hombres han vivido en ambos y han luchado y muerto para salvar el uno del otro. Maquiavelo ha escogido uno de ellos, y está dispuesto a cometer crímenes para salvarlo²⁰.

Por lo tanto, Maquiavelo no busca una separación entre la política y la moral; lo que busca es una reivindicación de la moral pagana ya que “si la moral se relaciona con la conducta humana y los hombres son sociales por naturaleza, la moralidad cristiana no puede ser la guía de una existencia social normal”.²¹ Esto último entendido en el marco de la adjudicación del descubrimiento que, según Berlin, hace Maquiavelo, a saber: no se puede pretender que la sociedad se rija bajo una moralidad que parte de la condición “si todos los hombres fueron buenos”, pues los “los hombres nunca mejorarán más allá del punto en que tienen pertinencia las consideraciones de poder”. Además, no es viable

* Acoto que hasta este punto Berlin se ha encargado de hacer un señalamiento amplio de las creencias y de las máximas maquiavélicas, por lo tanto a esto es a lo que se refiere.

18. *Ibíd.*

19. *Ibíd.*

20. *Ibíd.*

21. *Ibíd.*, p. 135.

governar un Estado, ateniendo a las premisas maquiavélicas, en el que la moral a seguir dicte el amar a los enemigos cuando lo prudente, afirma Maquiavelo, es destruirlos con el fin de mantener la patria –por poner un ejemplo-. No obstante, se requiere de otra moralidad para justificar aquellos actos que, incluso configurados como crímenes, se requieren para salvar y mantener la patria; pues esto es, en verdad, lo único que debe importarle al gobernante.

Así, nos encontramos con que Maquiavelo finalmente no ha divorciado la política de la moral, antes bien, lo que ha hecho es un descubrimiento que le ha permitido observar la existencia e, incluso, convivencia de más de un sistema de valores; lo que ha visto Maquiavelo es la pluralidad moral. Es esa la gran originalidad maquiavélica. Lo que ha hecho no es un rechazo recíproco de los dos sistemas morales que encontró, a saber: el cristianismo y el paganismo. Lo que él hace es dimensionar los alcances y la existencia de cada uno. Ahora, que él haya escogido, apelando a aquella “elección” berliniana, el sistema de valores paganos como medio para justificar los fines, es una elección de la que él mismo es testigo. “Si otros prefieren la soledad o el martirio, él se encoge de hombros. Esas personas no son para él. No tiene nada que decirles, nada que discutir con ellos”²².

Para concluir, hemos visto pues que la actitud política de Maquiavelo ha tenido innumerables y contrapuestas lecturas, elemento que nuestro autor ha procurado tener en cuenta por medio de la presentación de algunas de éstas. No obstante, nos encontramos con visiones que ven en Maquiavelo a aquel que divorció la política y la moral, de lo que deviene el llamarlo padre del método científico en el sentido en que lo hemos expresado. Y, acudiendo nuevamente a Hegel, el que ha manifestado la necesidad de que se configure el Estado político, que entendemos hoy como Estado moderno. Pues bien, esto se destruye en la medida en que Berlin nos muestra que Maquiavelo no es quien hace el divorcio entre la política y la moral. Para él, Maquiavelo no es más que aquel que descubre el pluralismo moral, es quien vio la existencia de diversos sistemas morales que podían contraponerse pero que, sin lugar a dudas, existían: el cristianismo y el paganismo. Apela además al hecho de que Maquiavelo escoge el segundo sistema de valores y al hacerlo se casa con una moralidad que sí va a tener lugar en su pensamiento y en la creación de sus máximas políticas. En síntesis, Maquiavelo no divorcia la política de la moral; él elige por el paganismo y se encoge de hombros frente a quien no lo haga.

Bibliografía

- Berlin, Isaiah. *Contra la Corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Maquiavelo, Nicolás. *Discursos de la primera década de Tito Livio*. Buenos Aires, Losada, 2005.
- Maquiavelo, Nicolás. *El príncipe, La Mandrágora*. Madrid, Cátedra, 1989.

22. *Ibidem*, p 145.